

# FEDERICO MOCCIA

## Ese instante de felicidad

¡Por fin, la  
nueva novela de  
Federico Moccia  
con protagonista  
española!



 Planeta

FEDERICO MOCCIA

ESE INSTANTE  
DE FELICIDAD

Traducción de  
Maribel Campmany

 Planeta

Un día. Un día todo esto habrá pasado.

No, no era así. Ah, sí, ya me acuerdo: «Un día, de todo esto, sólo quedará una nubecilla.»

O al menos era algo parecido. Me lo dijo mi padre, sonriéndome, en aquella cama de hospital, guiñándome el ojo, dándome fuerzas, convenciéndome de que no habría ningún problema, de que todo se arreglaría. Pero no fue así. Al día siguiente él ya no estaba en el hospital. Ya no estaba en el mundo. Ya no está ahora, lo busque donde lo busque. Sí, es como si yo saliera de casa y fuera dando vueltas por Roma, incluso más lejos, hasta Milán, Turín y luego Francia, y todavía más allá, por Tailandia, Malasia o yo qué sé, pero antes sabía que de una manera u otra podría encontrarlo. En cambio, ahora no. Ya no está. No está sobre la tierra. Lo único que espero es que por lo menos Dios exista, si no esta vida resulta ser un verdadero fraude. ¿Una ocurrencia genial de mi padre? Ésta: «La vida es una enfermedad mortal.» ¿Otra que me hizo reír muchísimo? «El Alzheimer tiene un lado positivo: cada día tienes la sensación de hacer un montón de nuevos amigos.»

Cada día. Sí, mi padre me hizo comprender la importancia del «cada día». Cada día es distinto, cada día cuenta, es único, aunque a veces nosotros no lo valoramos.

A veces vivimos de manera tan distraída, por decirlo de algu-

na manera, que es como si ese día no nos pareciese importante. Sin embargo, un día puede hacer que todo cambie, que ése sea el nuevo día. Hoy, por ejemplo, siento que es un día importante.

«Tengo que hablar contigo.»

Cuando he abierto el móvil esta mañana sólo me había escrito eso. Nada de «Buenos días, cariño», ni «Buenos díaaaaaas» como a veces me escribe Ale con su entusiasmo. Ale es Alessia, mi novia. Hace un año que salimos juntos y hoy es su cumpleaños. Cumple veinte. Ahí está, he visto su coche, un Mini azul oscuro último modelo, de esos grandes, con las ruedas gruesas, el viejo *vintage* que ahora está tan de moda, ese que «sólo» cuesta cuarenta mil euros, pero bueno, ella puede permitírselo.

Está aparcado en el pequeño parque de la piazza Giuochi Delfici, delante del monumento. Hay algunas mamás por allí, paseando a sus pequeños. Una canguro envía mensajes con el móvil mientras el niño al que debería estar vigilando se cae al suelo. No lo levanta. No se preocupa por él lo más mínimo; total, tampoco es suyo. Levanta la mirada, lo ve, pero lo deja allí, después de todo no se ha hecho nada, ya se levantará como pueda, y continúa escribiendo como si nada.

Alessia está sentada en un banco, hojea el periódico de prisa, de una manera casi frenética, y nunca acabo de saber si con esa manera de pasar las páginas puede leer o entender realmente algo, pero ella ya es un poco así. El pelo castaño oscuro le cae por delante del rostro. Está sentada en el respaldo del banco y apoya sus largas piernas donde lo natural sería sentarse. Pero nada me parece natural en ella. Sin embargo, todavía me gusta, muchísimo, como el primer día, incluso más. Como cada día.

—¡Ale! —la llamo.

Me busca a su alrededor, después me ve a lo lejos, entonces levanta la barbilla como diciendo «Sí, ya te he visto». Cierra el periódico, lo dobla y lo deja sobre el banco. Pero no sonrío.

—¡Hola! ¡Muchas felicidades, cariño!

Nos damos un beso rápido. Demasiado rápido para mí, ella se aparta en seguida. Está distante.

—Toma... —Intento no pensar en ello—. Éste es tu regalo. —Le paso la bolsa y Ale parece asombrada. Y, sin embargo, hoy es su día y por tanto es normal que le haya traído un regalo.

Alessia lo saca de la bolsa y retira el papel lentamente, en silencio, sin mirarme. Quizá esté enfadada porque en vez de enviarle un mensaje anoche, justo después de las doce, lo he hecho esta mañana, y a ella le gustaría que siempre tuviera detalles así, continuamente. Sin embargo, a lo mejor sólo es una impresión mía. Ahora se apresura. Quita todo el papel. Ya está, lo abre, sonrío, pero es un instante.

—¿Te gusta?

Se echa el Moncler sobre los hombros pero no dice nada.

—Es el último modelo, el deportivo, es muy ligero. Pruébalo, a ver si te está bien.

Se lo pone, le va perfecto.

—A ver cómo quedas con las manos en los bolsillos.

Como me imaginaba, mete primero la derecha y en seguida encuentra el pequeño paquete. Es una sorpresa. Lo saca, le da vueltas entre las manos, lo mira como si nunca hubiera visto nada igual pero no sonrío, no levanta la cabeza, no me mira. Y yo permanezco en silencio. Entonces empieza a desenvolverlo despacio. Después deja caer el papel al suelo y se queda mirándolo, entre sus manos, sin decir nada. Lo que le he regalado es una tontería, pero lo he hecho aposta. Una bola de nieve con un pequeño muñeco que sujeta un cartel en la mano en el que pone TE QUIERO. Esas cosas tontas que en realidad se hacen cuando no consigues hacer cosas serias. Nunca he sido capaz de decírselo. Te quiero. Una vez estuve a punto de gritárselo. Estábamos debajo de su casa y ella de repente se dio cuenta.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Nada. —Eso le contesté, «Nada». No lo dije, no me atreví. Ya hace un año que salimos juntos y no he podido decírselo ni una sola vez.

Alessia coge la bola y le da vueltas, la sacude un poco. La nieve del interior cae sobre el muñeco con el cartel en la mano y ella empieza a llorar en silencio. Grandes lágrimas le caen lentamente y se queda así, con la cabeza gacha, y aunque quedan escondidas por el pelo, yo las veo. Se deslizan una tras otra por las mejillas, le tiemblan los labios, no dice nada, tiene las manos pegadas al cuerpo. Me siento fatal, noto ese inmenso disgusto de cuando provocas un dolor a alguien, y encima a alguien a quien nunca habrías querido causárselo.

—Oye, que es una broma, era para hacerte reír, éste no es el regalo de verdad.

Sonrío, busco en vano las palabras, pero no sirven de nada. No pierdo el entusiasmo.

—¡Mira, mira en el otro bolsillo! —Sí, me parece que es la única solución.

Alessia mete la otra mano en el bolsillo izquierdo y saca otro paquete. Es pequeño y lleva el nombre de la joyería: Villani. Pero ella sigue sin sonreír. Retira el papel, luego abre el estuche.

—Son del color de tus ojos.

Mira los pendientes azules, pero es sólo un segundo. Vuelve a cerrar el estuche y por fin levanta el rostro. Es la primera vez que me mira desde que ha abierto los regalos. Y yo la observo buscando desesperadamente una sonrisa. Se seca los labios con el dorso de la mano. Después lo mete todo en la bolsa. Me mira por última vez y finalmente esboza una sonrisa, aunque parece que esté dibujada a medias.

—Lo siento...

Y se va. Y entonces, en ese instante, recuerdo perfectamente

la frase: «Llora, medita y vive; un día lejano, / cuando estés en la cumbre de tu futuro, / este feroz huracán / te parecerá una nubecilla.»

Eso es, ésa fue la última frase de mi padre. Es de Arrigo Boito, y además la incluí en mi tesina sobre la *Scapigliatura* en bachillerato, por eso me acuerdo de quién la dijo. Con esa frase él me dejó. Hoy, en cambio, se ha ido Alessia. Pero quizá sólo sea un momento, quizá cambie de idea, quizá esté enfadada porque no le mandé un mensaje ayer a medianoche. O quizá sea que no está enfada, sino que es feliz y que quizá incluso tiene a otro. Todo es un quizá. Sólo una cosa es segura, o mejor dicho, dos: estoy hecho polvo. La otra es que ella no me ha dejado ninguna frase, sólo me ha dicho «Lo siento...». Y se ha marchado así.

—Buenos días.

Ilaria de Luca me sonrío, es una mujer guapa, tendrá más o menos cincuenta años. Viste de manera clásica, pero por sus modales, por su manera de andar, no se ve mayor.

—¿Qué le doy?

Coge *La Repubblica*, después *Dove* y me los pone delante. Por un momento se queda en silencio, con una sonrisa un poco incómoda, como si tuviera que decirme algo pero no se atreviera. Hago ver que no me doy cuenta, cojo sus diez euros, cuento rápidamente y le doy la vuelta.

—Aquí tiene, que tenga un buen día.

Se queda todavía un momento en el quiosco, como si de repente le hubiera venido algo a la cabeza, como si buscara las ganas, el valor de hablar. Pero luego lo piensa mejor.

—Sí, gracias, igualmente.

Coge los periódicos, los dobla y se los mete en el bolso. La veo alejarse. Camina despacio, tiene un bonito trasero y me quedo mirándola perdiéndome en mis pensamientos.

«Lo siento...» Alessia me ha dicho «Lo siento». Lo siento. Pero ¿qué puede significar «Lo siento»? Lo siento, pero tu regalo no me ha gustado. Lo siento, pero tengo un problema. Lo siento, pero necesito estar sola. Lo siento, pero ahora quiero a otro. Lo siento..., pero bueno, ¿estás de coña? Eso sí que no puede ser. Y



en un instante me pasa toda la vida por delante. Eso es, dicen, lo que sucede cuando alguien muere. Pero nosotros no estamos muertos, ¿verdad, Alessia? No se ha acabado, dime que no se ha acabado. Miro el móvil. Ningún mensaje.

—Buenos días, Nicco, *Il Tempo*, gracias.

Edoardo Salemi es el propietario del restaurante de más abajo, en corso Francia, donde voy a comer algo de vez en cuando, y hasta me hace descuento. Le paso el periódico y desaparece en un instante. Sí. Trabajo de quiosquero. Primero estaba mi padre aquí en el quiosco, de vez en cuando incluso escribía artículos para algunos periódicos no muy importantes, esas revistas de barrio que aun así le pagaban algo. También podía ser que dibujara algún buen chiste que luego vendía, hasta en eso era bueno mi padre. Ahora nos lo combinamos mi tío, mi primo y yo. Yo estoy por la mañana y ellos por la tarde y por la noche, de vez en cuando nos cambiamos el turno, pero no sólo hago esto. Nada, ningún mensaje. Ha pasado un día y es la primera vez en un año que no nos enviamos ni un mensaje. Nunca se había dado el caso de que pasara un día sin habernos escrito algo, aunque fuera una estupidez. El amor está hecho de cosas estúpidas, de cosas que no tienen sentido, quizá, que hacen sonreír o negar con la cabeza, pero que en esos momentos parecen preciosas. El amor son esos mensajes que no quieren decir nada pero que lo dicen todo, a los que no prestas atención cuando llegan a diario pero que se convierten en una obsesión cuando empiezan a faltar. Si todos estuviéramos enamorados, este mundo sería precioso. Qué gilipolces estoy diciendo. Pues sí, el amor te vuelve idiota pero generoso, la falta de amor te vuelve idiota y destructivo.

Echo de menos a Alessia. La echo de menos de manera exponencial, me parece imposible, pero cada momento que pasa la echo más de menos. Vuelvo a mirar el móvil, me gustaría llamarla, enviarle un mensaje, que me encontrara debajo de su

casa con un ramo de rosas rojas, larguísimas, tan largas que casi no se me viera. Pero yo nunca he hecho esas cosas. ¿Acaso no he hecho lo suficiente? Siempre las he pensado, y muchas, pero siempre me he dicho «Un día... Un día haré todo eso». Pero no he hecho nada. Un día en realidad equivale a nunca. Nunca. Y ahora tal vez sea demasiado tarde. Nuestra vida está hecha de limitaciones, siempre pensamos que habrá un momento mejor, que valdrá la pena vivir, que las cosas cambiarán. Mañana, siempre esperamos un mañana que incluso podría no llegar, como aquella noche que me despedí de mi padre y me marché a casa.

Me fui a cenar como si nada, incluso me acuerdo de lo que comí, jamón curado y mozzarella, y también una ensalada de tomate, y me metí en la cama como si no pudiera suceder nada, como si todavía hubiera tiempo para decirle algo, para contarle con detalle mi historia con Alessia, que ya duraba desde hacía un tiempo. Como si todavía pudiera disculparme por todas las veces que me había portado como un estúpido, un rebelde, un chiquillo, por todas esas veces que no había sabido escucharlo hasta el final. Cuando le dije: «Vete a la mierda, no dices más que gilipollecetes...» Pero era porque me gustaba plantarle cara por cualquier tontería, así, sólo por hablar, porque quedaba guay y punto. En realidad, muchas cosas no las pensaba en absoluto, al menos eso es lo que me parece recordar.

Entra Bruno, el de la gasolinera, no saluda, no dice nada, como de costumbre, coge *Porta Portese*, deja el dinero en la bandejita y sale. Lo meto en la caja. Él es así, pero me da completamente igual. Cuando estás mal, consigues valorar las cosas en su justa medida y, de hecho, a mí me entran ganas de reír. ¿Cómo puede comprar *Porta Portese* todas las semanas? Y, además, ¿qué debe de estar buscando? Siempre está allí, con la misma camisa desde hace años, con la misma chaqueta gris de gasolinero y los mismos zapatos. En efecto, si te paras a pensar, estamos hechos

de costumbres repetitivas. Estar mal, en cierto modo, me hace ver mejor la realidad, hace que pueda enfocarla, que pueda darme cuenta de las cosas ridículas de la vida. Y todo me parece dramáticamente ridículo. Menos ella. ¿Qué estará haciendo ahora? Estará en casa, se habrá levantado, sí, ya hará rato, si es que anoche no volvió tarde. ¿Y si volvió tarde? Porque podría haber vuelto tarde, ¿no? Habrá salido con sus amigas. Sí, seguro, sus amigas Laura y Silvia. Habrán hablado de mí. Le habrán preguntado. No, sólo en el caso de que hayan salido con sus novios. Se habrán preguntado: «¿Y Nicco? ¿Qué hacía Nicco?» Y ella, astuta como es, se habrá excusado. Nicco tenía que hacer... Ha salido con sus amigos, tenía un partido de fútbol sala. Luego me paro y de repente me lo tomo muy mal. No, ellas lo saben. Las amigas siempre lo saben todo. Cada vez que la gente ve a la amiga o al amigo de alguien piensa: «Sí, él lo sabe..., él lo sabe todo. Yo no sé lo que él sabe, pero él sabe cuál es la verdad. La verdadera verdad. La última verdad, la versión más sincera.» Me gustaría coger a Laura y a Silvia e interrogarlas por separado o bien torturarlas como en *Saw I, II, III, IV* y *V* (¿o tal vez también ha habido *VI*?) y ver si sus versiones concuerdan. Obligarlas a hablar. Aunque a veces es mejor no saber.

«No busques la verdad. A veces no hace falta.»

Eso me dijo un día mi padre mientras íbamos al fútbol. Me quedé callado. No sé qué quería decirme exactamente con esa frase, pero se me ha quedado grabada. Lo bueno es que nunca he sabido nada de ellos, de mis padres, de si cortaron alguna vez, si se fueron infieles y luego se perdonaron. Sólo los vi así: queriéndose. Y luego él la dejó para siempre, pero sin querer, y es como si no fuera a dejarla nunca, y eso es lo más bonito. Por fin encuentro un mensaje.

«Me he enterado y lo siento muchísimo. Ahora mismo voy.»  
Ya está, justamente lo que no necesitaba.

Gio entra en el quiosco con toda su corpulencia. Tiene el pelo largo, negro, espeso, y lo lleva recogido detrás con una extraña y llamativa goma, como las que usan las mujeres, aunque las de ellas por lo menos suelen ser bonitas.

—Ya me he enterado. No me lo puedo creer... Aunque a mí ya me parecía que había algo que no estaba claro, ¿eh?...

Sigue hablando y no entiendo lo que dice. Quizá porque en realidad no quiero escucharlo. Mueve las manos de manera frenética, casi como si quisiera dejar claro que alguien de su familia es de Nápoles, que tenían una importante fábrica por aquella zona y que ahora se la han quitado, o secuestrado, o el abuelo la ha perdido en el juego. Nunca se ha acabado de entender bien esa historia. Será porque en alguna ocasión la ha modificado.

Gio en realidad se llama Giorgio Sensi, está matriculado en Economía y Comercio pero sólo ha hecho tres exámenes.

«Ya lo recuperaré.» Es su lema. Pero también lo usa para referirse a la dieta, apuntarse al gimnasio, cortarse el pelo, cambiar de look o dejar a una de las dos mujeres con las que sale desde hace más de un año. Sí, porque sale con Beatrice y Deborah desde hace todo ese tiempo. Las conoció a las dos el 27 de abril y ha estado indeciso desde aquel día. Al principio siguió adelante con las dos durante una semana, besando un día a una y otro día a la otra. «Ya decidiré. Es que las dos son divertidas y simpáticas.»

Después, quince días más tarde, todavía estaba más indeciso: «Hacen el amor de manera distinta pero en realidad igual.»

Y eso, sinceramente, no acabé de entenderlo, como tantas otras cosas tuyas, la verdad. A los amigos, por otra parte, no hay que entenderlos, hay que aceptarlos; a veces los conoces desde primaria, pero es difícil que pueda durar. En cambio, con los del instituto es más fácil, prescindiendo de si te pasabas los deberes o no, de si ibas bien o mal y de las asignaturas. Se crea una especie de triple ese, simpatía, solidaridad y supervivencia, y después ya no se pierde. Al menos, así ha sido para Gio y para mí.

—¿Y qué, Nicco?, ¿cómo estás? Pero ¿me estás escuchando?

—Sí, claro. Bueno, ¿cómo estoy? ¿No tienes ninguna pregunta de reserva?

—Sí. ¿La echas de menos?

Ha pasado un día y la respuesta es sí, ya la echo de menos. Pero no digo nada. Total, ya se encarga él, sigue asaltándome a preguntas.

—Qué raras son las mujeres, ¿verdad? Son unas lunáticas, parece que el sexo no les interesa, prefieren el afecto, los detalles, el príncipe azul. ¿Tú has hecho todo lo que había que hacer? No será que te has olvidado de algo, ¿verdad?

—¿Como qué?

—Yo qué sé... Un aniversario, el día que os conocisteis, el mes, la canción que escuchasteis la primera vez. ¿La has llevado siempre al mismo restaurante? ¿Te ha pillado en falta con algo? No, porque cuando menos te lo esperas ellas te cazan, ¿sabes?... ¿Qué te crees? No son mujeres. ¡Son monstruos!

Y prosigue con una avalancha de palabras desbocadas.

Entra un cliente, coge un periódico, lo mira con curiosidad y sale, otros ni siquiera reparan en él.

Gio se ha sentado en una pila de revistas puestas en el suelo y lo bueno es que la que le sirve de taburete casualmente es *Salute*.

Sigue moviéndose mientras habla. Se fija en una señora indecisa delante de los libros.

—Coja éste, es realmente bueno.

Le aconseja «El amor es un defecto maravilloso», de Graeme Simsion. A mí me parece que lo hace adrede y seguro que no lo ha leído. Nunca lo leería. Pero la señora se lo cree, se deja aconsejar, lo compra y se va.

—¿Lo ves?, te hago hacer negocio, soy una buena influencia para ti.

Gio prosigue. Lo bueno de un quiosco es que cada día tienes de todo y más y leer no te cuesta nada. Tienes miles de noticias que ni siquiera te habrías imaginado y periódicos que nunca habrías leído, como *Internazionale*, por ejemplo, que tiene una parte guay y naturalmente es la única que leo: el horóscopo de Rob Brezsny. Siempre acierta o, si no, te dice cosas que de una manera o de otra tienen que ver contigo. Ah, pero ahora que me acuerdo, si no he leído el último horóscopo... Mientras finjo escuchar lo que me dice, voy a buscarlo. No, no dice nada que pudiera haberme hecho sospechar lo que iba a pasar con Alessia. Entonces decido leérselo a Gio en voz alta para que se calle.

—Escucha, escucha lo que decía el horóscopo de Rob Brezsny...

Gio se calla y me escucha.

—«Para salvar el mundo, debes empezar salvando a las personas de una en una», decía el escritor Charles Bukowski. “Todo lo demás es puro romanticismo y política.” Te invito a que hagas de esta reflexión uno de tus pensamientos conductores de la próxima semana. Traduce tus elevados ideales en acciones que tengan un resultado práctico. En vez de hablar simplemente de las buenas acciones que te gustaría hacer, hazlas en serio. Y, dentro de lo posible, asegúrate de que todos los detalles de tu vida cotidiana reflejen tu visión de la máxima verdad y belleza.»

Gio permanece en silencio por un instante, como si estuviera pensando en todo lo que le he dicho, luego hace como siempre, empieza a hablar de algo que no tiene nada que ver.

—¿Sabías que han arrestado a Kim Smith, alias *Kim Dotcom* o *Kimble*? Vivía en una especie de búnker, he visto las imágenes: un montón de tíos del FBI fueron a su chalet de dieciocho millones de dólares en las afueras de Auckland, con las lanchas de goma como en las películas, y lo sacaron afuera. Y después dicen que el dinero lo puede todo. ¡Los cojones! ¡No pueden curarte según qué enfermedades ni tampoco impedirte que acabes en el talego, joder!

Pocas ideas pero claras. Lo mejor para alguien al que acaban de dejar.

—Hola, Fabri.

Llega mi primo, le paso al vuelo las llaves de la persiana y me escabullo del quiosco.

—¿Puedes hacer el turno de mañana por la noche?

—No sé...

Casi no me da tiempo a terminar de decirlo cuando entro de un salto en el Opel Tigra cabrio de Gio, que arranca derrapando como de costumbre. Mi primo Fabrizio se asoma por el quiosco.

—No. Tienes que venir mañana por la noche porque yo...

Ya no oigo nada y levanto la mano al cielo, algo parecido a lo que hacen esos surfistas llenos de rizos rubios, tatuajes raros y coloridos y abdominales esculpidos, con la sonrisa fija y una tía buena en el coche como mínimo. Yo sólo tengo a Gio y encima conduce mal. Aunque, en realidad, ese gesto sólo era para decirle: «Te llamo luego.»

—¿Adónde vamos?

Gio ha puesto a los Police, lleva una camisa negra con una camiseta debajo, un colgante de plata en el cuello y unos zapatos D&G de por lo menos cuatrocientos euros. Es un macarra, uno

de esos horteras y chabacanos que ahora están tan de moda. Es lo más de lo peor. Conduce su Tigra descapotable de manera temeraria. Si hay un coche poco logrado es éste. Y, en cambio, él se cree que queda guay. Alza el volumen con sus dedos achaparrados de uñas mordidas y también algo sucias de grasa, como si hubiera estado reparando algo. Aunque ya hace tiempo que no va en moto o en escúter. A lo que sí que se dedica es a los programas para Mac. Se descarga todo lo posible e imaginable, y Kim Dotcom o Kim Tim Jim Vestor, como lo llaman, era su ídolo.

—No me puedo creer que lo hayan arrestado.

Se queda en silencio durante un rato. Después se le ilumina el rostro como si hubiera tenido una idea.

—¿Vamos a comer a Caccolaro? Venga, yo invito.

—Vale, por mí de acuerdo.

Caccolaro..., nunca he entendido cómo han podido ponerle ese nombre. Pero así es, y lo más alucinante es que está muy de moda entre la gente más *in* y más elegante de Roma.

Alessia iba a menudo con sus amigas.

«Esta noche salimos sólo chicas, vamos a Caccolaro.»

Y yo me lo creí. Me gusta que haya confianza entre nosotros, me gusta que uno pueda creer en algo. Si me dice que va a Caccolaro sólo con chicas quiere decir que es así.

Gio conduce entre el tráfico con desenvoltura, roza un Fiorino, el conductor sigue recto pero saca la mano haciendo los cuernos, él le pita dos veces y desaparece por detrás de la esquina de via della Farnesina.

La verdad es que aquella noche me pasé por Caccolaro. Lo sé, me habría gustado tener plena confianza en ella, pero aquella noche no lo conseguí. Todavía lo recuerdo como si fuera ayer. Aparco el Polo que me ha prestado mi hermana al otro lado de la calle. Apago el motor un poco antes y me meto en un espacio libre. Después, sin hacer mucho ruido, abro la puerta y bajo del



coche. Me quedo al otro lado de la calle, paseo arriba y abajo por la acera mirando a través de la cristalera de Caccolaro. Ahí. Ahí está. Se ríe mientras se come la pizza a la cabecera de la mesa, está sola, no puedo ver quién tiene al lado. Me asomo ligeramente, retrocedo intentando ampliar mi campo de visión. Y entonces las veo: Francesca, Laura, Simona y otra que está de espaldas y que no reconozco. Pero todas son chicas, sólo chicas, sus amigas, quizá la que está de espaldas sea Silvia. Y me siento reconfortado, exhalo un suspiro y me quedo mirándola. Veo que escucha con curiosidad lo que dice otra, después asiente, se ríe y come un poco más de pizza. Tiene delante una Coca-Cola Light, pero se come otro buen pedazo de pizza, qué manera más extraña de hacer dieta. Alessia... Alessia es así. Me quedo ensimismado en ese recuerdo, sin encontrar las palabras para definirla. Las palabras nunca son suficientes cuando quieres a alguien. Entonces se vuelve hacia el cristal, mira hacia mí, me busca con la mirada y es como si hubiera tenido un presentimiento. Veo que saca el móvil, lo abre y marca un número. Lo adivino al vuelo y casi no me da tiempo de subirme al coche para contestar al teléfono.

—¡Hola!

—Hola...

—¿Qué te pasa? Parece que te cuesta respirar.

—¿A mí? No..., qué raro, qué va.

—¿Qué haces?

—Bah, nada, me voy a echar la partida a casa de Bato...

—No vuelvas muy tarde.

—¿Os lo estáis pasando bien?

—Sí... —Entonces baja la voz—: Pero siempre cuentan las mismas historias... Me lo paso mejor contigo. Lástima que no estés...

Nos quedamos callados durante un momento, después su voz se vuelve más cálida.

—Podrías pasar a recogerme, ¿sabes?, después de la pizza...  
—Entonces vuelve a reírse—. Lástima que tengas póquer...

—No será complicado encontrar a alguien que me sustituya.  
Cuenta con que ya estoy ahí.

Y cuelga.

—¿Y bien?

—¿Eh? ¿Qué pasa?

Gio sonrío.

—¿En qué estabas pensando?

—¿Yo? En ti y en mí.

—Sí, venga, mejor di que en nada. Hemos llegado.

Bajamos del coche.

Nunca más volví a vigilar a Alessia cuando salía con sus amigas. ¿Tal vez me equivoqué?

Gio me coge del brazo mientras entramos.

—Tengo un problema...

Asiento con la cabeza. Si supiera los que tengo yo. Pero no digo nada y entramos en Caccolaro.